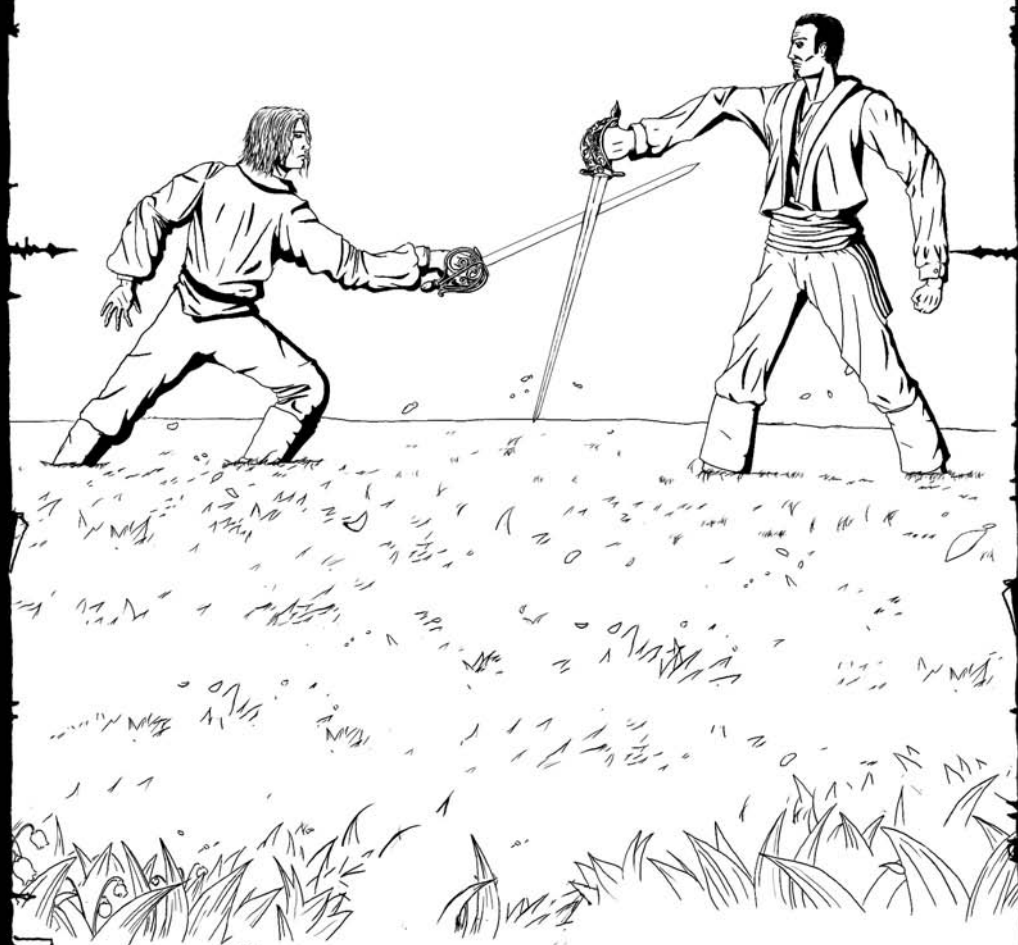




EL
Legado
DE LOS
Caminantes
UN NUEVO
HORIZONTE
DANIEL M. PARRA



CAPÍTULO I





1

Las enseñanzas del guerrero



Unas desgastadas botas de cuero van arrastrándose por el camino, solitario a aquellas horas. Los atardeceres de la bahía se extienden por toda la bruma del horizonte de aquel mar lejano, de aguas tranquilas; el rojo anaranjado va dejando paso a los colores añiles, que arrastran a la noche con sus estrellas.

Desde aquellas onduladas llanuras, hay una vista panorámica de toda la abrupta costa, de los pinares meciéndose con la brisa, colinas arriba; o de los riachuelos que bajan desde las montañas altas del interior. Suavemente con su mano, Joel acaricia las espigas, salvajes junto a la vereda; sin soltar la bandolera que lleva cargada a la espalda. Se dirige de vuelta a casa, tras haber pasado un duro día encargándose de algunos recados encomendados por su mentor. Los ojos verdes del muchacho se llenan de aquella vista tan hermosa y una sonrisa brota en el rostro de tez morena del chico, que tras detenerse unos instantes para ensanchar su pecho con el aire fresco de aquella tarde, reanuda la marcha ladera abajo.



Los grillos cantan al compás de un candil incandescente, que tintinea colgado de un clavo retorcido en la madera vieja de la cabaña. Los álamos susurran, altos y erguidos, en las colinas de la parte de atrás, como en un segundo plano presente y constante. Una butaca se mece en el porche con movimientos lentos y previsibles, produciendo un quejido sobre la madera seca y desgas-

tada. Gerrard reposa observando los últimos rayos de luz de aquel día, bajo las primeras estrellas, fumando en su pipa y soltando el humo muy lentamente, saboreándolo con mucha calma. La silueta de Joel se ha ido aproximando, hasta quedar justo delante de aquel hombre que no parece inmutarse.

—¿Has traído todo? —pregunta finalmente con tono tranquilo, entornando los ojos durante unos segundos.

El chico se deshace de la bandolera que llevaba colgada al pecho, totalmente llena y muy pesada. Después sonríe.

—A la señora Bell no le quedaba pescado.

—¿Nada de pescado?

—Bueno... —el joven se muestra dubitativo—, lo que quedaba no parecía estar muy fresco.

—Pues entonces tendrás que ir más temprano. El pescado fresco se vende en las primeras horas.

—Hace mucho que no comemos buen pescado —contesta Joel.

—En realidad —el hombre sonríe—, hace mucho que no comemos buena comida.

Hay silencio durante unos segundos.

—Gerrard —Joel empieza a hablar—, si estamos faltos de dinero, puedo ponerme a trabajar. Hoy mismo en el pueblo me han ofrecido trabajo en el astillero.

—Joel —el hombre responde con contundencia—, entra ahí y guarda esa comida. Vamos a ver qué podemos cenar hoy.

El joven permanece unos segundos de pie, y finalmente asiente resignado, marchando con la bandolera repleta hacia el interior de la cabaña. Gerrard sigue observando el horizonte, aún tenuemente iluminado, y deja escapar otra bocanada de humo. Su mirada oscura y reflexiva se pierde entre la penumbra.



El tañido de las espadas resuena por toda la ladera bajo el Sol, bajo el amparo de los álamos. Los destellos del acero se suceden rápidos y vertiginosos, en un baile afilado llevado al son de la esgrima.

Joel sostiene su estoque, mano en cadera y brazo erguido, preparado para contraatacar de nuevo; ante él, su mentor.

El joven se pone en marcha, con el viento de cara agitándole el pelo, y los tañidos del acero se repiten una vez más, hasta que la voz profunda de Gerrard los eclipsa.

—¡Mantén mejor esa guardia!

Ambos estoques se rozan brevemente en una muestra de reflejos y habilidad.

—¡Ese equilibrio, ese equilibrio!

El joven se esfuerza, pero Gerrard, sin perder apenas la compostura, controla a la perfección los avances del muchacho. Con un hábil movimiento le gana terreno, y tras un zumbido rápido como el agudo viento, la espada del chico brilla al Sol mientras cae entre la hierba. La sangre le brota a Joel de la mano. Finalmente, el muchacho termina por caer de rodillas doliéndose, derrotado.

—¡Te dije que tuvieses cuidado con el equilibrio! —exclama Gerrard con frialdad ante el chico—. Lo que diferencia a un buen esgrimista de un patán con espada es el equilibrio, además del orden para mantener la guardia y la compostura ante el combate. Cuando atacas tiendes a desequilibrarte, y entonces descuidas tu defensa.

Serio y con los ojos embadurnados por el fracaso, Joel contempla al hombre. Gerrard envaina su espada y se agacha para observar la mano herida del joven. Después sonrío, restándole importancia.

—Tranquilo, sólo es un corte superficial —el hombre clava sus ojos oscuros en los del muchacho.

Hay unos segundos de silencio entre ambas miradas.

—Coge tu espada y vayamos a la cabaña a que te vende esa mano.

Lentamente, las piernas de Joel apartan la hierba, que se agita con el viento, hasta que al fin encuentra su refinada arma. Una vez recogida, Gerrard acompaña al chico hasta la cabaña, amparándole y pasando su fuerte brazo por encima de los hombros encogidos del muchacho; bajo la sombra y el susurro de los álamos, que desde lo alto lo observan todo meciéndose.

La venda amarillenta y humedecida va enrollándose lentamente en la mano de Joel. En cada vuelta, la prenda deja escapar algunas gotas sobre una palangana de metal oxidado. El interior de la cabaña es tosco y austero, estando la estructura formada en su mayoría por maderos viejos, carcomidos, grises y apagados. La luz del Sol entra por la puerta y por las ventanas, dejando a la vista las motas de polvo, que flotan suspendidas en el aire.

—Listo. Dentro de un par de días, como nuevo.

—Gerrard, no lo entiendo —el joven está algo decaído—. Por más que he memorizado el arte de la esgrima que me has enseñado; todas sus técnicas, sus poses... parece que nunca voy a poder estar a tu altura.

El hombre vuelve a sonreír y lentamente se sienta en la silla que hay a un lado de la mesa donde está apoyado el joven.

—Verás, Joel, hay una gran diferencia entre conocer las técnicas y saber aplicarlas. Eso es algo que te llevará aprenderlo toda la vida y no debes desanimarte, tu nivel es bastante bueno; estás por encima de muchos que se creen hábiles con la espada.

El joven sigue algo decepcionado, aunque se esfuerza por levantar el ánimo.

—Estoy seguro de que si sigo entrenando, algún día conseguiré vencer.

—Ése es el camino a seguir, que nadie hunda tu espíritu. Y ahora, joven guerrero —el hombre se incorpora y le agita el pelo al muchacho con la mano—, ponte a estudiar álgebra.

—Detesto el álgebra —protesta el joven—. ¿De qué me sirve?

—La cultura es un valioso tesoro y una poderosa arma que no debes subestimar. El conocimiento es más poderoso que batallones enteros; los líderes temen más a los que escriben, que a los que empuñan espadas y bayonetas con valor. Recuerda siempre esto que te estoy diciendo.

—Sí, señor... —el joven contesta resignado, levantándose para coger sus útiles de estudio y sus libros.

Sonriendo, el hombre también se levanta y sale al exterior de la cabaña para saborear la brisa con reminiscencias marítimas. Su rostro melancólico y reservado, desgastado por el pasar de los años, permanece reflexivo entre algún que otro suspiro. La silueta de un jinete, dirigiéndose hacia allí a marcha tranquila, pero constante, se aprecia por encima de las colinas.

Tras varios resoplidos del caballo, el hombre descabalga de la montura sonriendo, y se funde en un fuerte abrazo con Gerrard.

—¡Cuánto tiempo! —exclama este último sin mayor celebración.

—Te traigo una carta del Ministerio de Defensa de Daldía.

Joel, desde el interior de la cabaña, con el libro de álgebra abierto y la caña mojada en el tintero, no puede evitar prestar atención a lo que tenuemente escucha desde allí.

—¿Vas a volver? —aquel hombre contempla serio a Gerrard, que observa el sobre sin decir nada durante unos segundos.

El león y el ancla, los símbolos que durante toda la historia habían representado a Daldía, estaban allí impresos. Sólo que ahora, en vez de contener una corona, un círculo los engloba y se puede leer claramente: «Libertad e Igualdad para todos». Aquello le hace sentir más nostalgia a Gerrard, que tras varios segundos absorto, finalmente termina alzando la vista para responder.

—Ya va siendo hora de volver. Después de todo —esboza una sonrisa con cierta ironía—, ya han pasado veintiún años, no hay rencor... ¿No es cierto?

—No sé lo que querrán de ti, pero las mentes que ahora gobiernan Daldía no son mejores que las que gobernaban antes. Los asuntos políticos, por mucho que cambien, siempre terminan siendo la misma basura.

Los ojos oscuros de Gerrard parecen no observar nada en concreto. Su mirada se pierde y su mente parece centrarse en los pequeños detalles que lo rodean en aquel preciso instante. Es más consciente del susurro de los álamos, de los pájaros que sobrevuelan el cielo, o del mecer sincronizado de las espigas.

Los días pasan al ritmo lento de aquella región. El sobre rasgado aún está encima de la mesa y Gerrard parece más pensativo que de costumbre. El hombre está de pie observando por la ventana. Joel, sentado e hincando los codos, no cesa de mirarlo con ojos curiosos, entre ligeros vistazos sobre el borde del libro de Historia.

—Gerrard —pronuncia levemente el muchacho tras varios amagos—, esa carta...

—¿Te sabes ya el tema de historia? —interrumpe el hombre, absorto.

—Sí... —contesta Joel con desgana.

—Recítamelo.

El joven carraspea un poco y mira a su mentor al contraluz de la ventana.

—Los reyes de Daldía lucharon contra otros reinos, tales como Vangran, Ker, Okar, Lorna, y la Confederación Ámbar de Reinos... por el control del norte de Alemania. El viejo imperio de Labernia, en decadencia, había cedido parte de sus territorios al empuje de Róladós, que entró en el conflicto, uniéndose al bando de los primeros reinos, en su afán por evangelizar y por conseguir territorios en esa zona. De esta forma estalló la Guerra de los Quince Años, en la cual consiguió vencer Daldía, no sin ayuda del Califato Amaye, antes de que éste se desintegrara definitivamente en pequeños reinos.

Tras hacer una pausa, el joven observa si Gerrard dice algo al respecto, pero tras su silencio, continúa, lanzando antes unas fugaces miradas al libro de texto para ver cómo seguía la lección.

—Posteriormente, la alianza con los reinos de Lerenna y Celes ayudó a salvaguardar la seguridad de las nuevas colonias y Róladós tuvo que renunciar a sus pretensiones hegemónicas en el norte de Alemania.

—Explícame cómo fue el expansionismo de Daldía en el Nuevo Mundo —añade el hombre después, saliendo de su silencio.

—Daldía luchó contra los pueblos salvajes y los venció. Se extendió hacia el oeste y luego hacia el sur, junto a las colonias en Alemania de Lerenna y Celes, que finalmente acabarían subordinadas al reino de Daldía. Entonces entró en contacto con los Xaga, un pueblo nativo de gran extensión y organización, que luchó por defender sus territorios; siendo aún hoy en día un fiero enemigo de los intereses de Daldía en el Nuevo Mundo.

Gerrard se acerca junto al joven y echa un vistazo al libro.

—Muy pocos son los que han visto a un Xaga y se ha escrito mucha propaganda incierta sobre ellos —exclama con una sonrisa irónica en el rostro.

—¿Y por qué iban a hacer eso?

—Joel, no seas ingenuo —el hombre se vuelve y observa fijamente a su pupilo—. A Daldía, por ejemplo, le interesa que los Xaga sean vistos como enemigos; así tienen una excusa para invadirlos y conquistar sus tierras.

El joven reflexiona sobre las palabras de su maestro y después mira su libro.

—Pero el libro...

—No podemos creer todo lo que nos dicen, Joel. Cree en la verdad, pero en la que emana de ti mismo, de tu sabiduría y de tu juicio. Un guerrero siempre debe distinguir la verdad de la mentira.

—Pero, ¿cómo voy a hacer eso?

—Usando esto —Gerrard golpea con un dedo la frente del joven.

Joel mira a su maestro sonreír.

—¿Y cómo son entonces? —pregunta después el chico.

—¿A qué te refieres?

—A los Xaga.

El hombre observa al joven durante unos segundos y termina esbozando una sonrisa antes de responder.

—Ya te he dicho que muy pocos han visto o saben realmente lo que concierne a los Xaga. ¿Qué te hace pensar que en mi caso iba a ser distinto?

—Gerrard, es evidente que sabes algo.

—Yo sólo te puedo decir lo que te he dicho y creo que eso te será suficiente. Dudo que puedas comprenderlo ahora mismo, pero me alegra saber que tienes iniciativa, así poco a poco irás alcanzando las respuestas.

El joven, en silencio, mantiene la línea de visión con su maestro. Finalmente, los ojos oscuros del hombre señalan al libro de texto, abierto sobre la mesa.

—Sigue estudiando —le indica después, con su voz firme.

Las quejas de Joel no impiden a Gerrard erguirse. Ignorando al chico, sus pasos resuenan sobre la madera vieja, hasta que se sitúa de nuevo frente a

la ventana. Joel lanza un suspiro resignado y, cogiendo el libro viejo de letra minúscula, pasa página antes de volver a hincar los codos en la mesa.

La silueta de Joel con el torso desnudo destaca ante el sol rojizo del atardecer. Sus pies descalzos se hunden en la hierba conforme el joven se mueve armónicamente, repitiendo poses de esgrima con su espada. Con voz rotunda, recita frases y expresiones propias de otros tiempos para acompañar cada movimiento.

—El guerrero nunca tiene miedo, respeta a su adversario y afronta el peligro con valor; pues si él no lo hace, nadie lo hará.

Las palabras del joven dan paso a los silbidos del fino estoque, para luego continuar.

—El guerrero actúa siempre en favor de los necesitados, defendiéndoles de la injusticia y del abuso de los poderosos.

Gerrard fuma de su pipa, sentado en la butaca de la entrada mientras observa el despliegue de disciplina del joven.

—El guerrero ama los principios que le guían; estos le hacen más fuerte para afrontar su lucha con honor y con nobleza, en servidumbre de sus señores.

Tras unos últimos ejercicios, Joel envaina su espada lentamente, recuperando el aliento. A continuación se dirige hacia su maestro, haciéndole previamente una reverencia con el rostro. El hombre parece pensativo mientras el humo, deshilándose de su pipa, lo envuelve todo.

—Quiero que sepas que me siento orgulloso de ti, Joel. Eres igual que tu padre.

El joven se llena de satisfacción por las palabras de su maestro y levanta la mirada hacia el Sol, que se va perdiendo lentamente por el horizonte.

—Gerrard, desde el otro día te he observado atentamente y pareces preocupado. Sé que no debí hacerlo, pero escuché parte de lo que hablaste con aquel mensajero y no he podido evitar preguntarme... ¿Qué quieren de ti desde Daldía?

El hombre sonrío levemente y se toma su tiempo para responder.

—Verás, Joel, me han ofrecido un trabajo desde el Ministerio de Defensa. Al parecer, están intentando reunir a las viejas glorias que se pudren, poco a poco, fuera del país.

—¿Vas a luchar de mercenario para Daldía?



—Déjame que te explique. Este trabajo no es el habitual —el hombre, totalmente enigmático, observa al joven sin perder el aire de tranquilidad—. Es un trabajo que puede solucionarnos la vida, y tú ya eres todo un hombre. En Daldía encontrarás muchas más oportunidades que aquí.

—Pero yo pensaba que... ¿Cómo puedes volver allí después de todo lo que ocurrió?

—Joel —la voz de Gerrard es contundente—, quizás aún no puedas entenderlo, pero pase lo que pase en Daldía, sigue siendo nuestra patria, y he esperado mucho para poder volver a ella.

—Pero no lo entiendo. Llevas todo este tiempo huyendo, y ahora sin más, te enfrentas al pasado.

—Porque es el momento y no se hable más. Ve a recoger tus cosas, que mañana embarcamos.

—Pero...

La mirada fija de Gerrard zanja la conversación. El joven, cuyo rostro refleja su impotencia, acepta resignado, observando al hombre, que tras entornar los ojos con calma, vuelve a mirar hacia el horizonte del atardecer, acariciando la pipa en su mano. El humo del tabaco flota en el aire como las últimas palabras, prolongándolas en el tiempo. El joven suspira y cruza el umbral hacia el interior de la cabaña, sabiendo que posiblemente ésa sea su última noche en ella.